

nición de Chilpantzingo, procurando con sentidas frases atraerlos á sus banderas:<sup>4</sup> y como el gobierno habia hecho correr la especie de que iba decidido á incendiar y arrasár la ciudad, dirigió otra proclama á los vecinos de ella, desmintiendo aquella calumnia con la protesta de los mas nobles sentimientos, tierna y afectuosamente espresados.<sup>5</sup>

Entonces tambien dirigió Alvarez una carta al comandante general de Guerrero, en la cual le invitaba con fuertes razones á meditar imparcialmente la verdadera situacion del país, para tomar el partido que debia sujerirle su conciencia de buen ciudadano. En esta carta, que es muy notable,<sup>6</sup> suplicaba el caudillo del Sur al comandante general, que se abstuviera de darle una contestacion de rutina, porque la ocasion era demasiado solemne para que un buen patriota apelase á tales subterfugios para eludir una respuesta categórica sobre las palpitantes cuestiones que se tocaban. A pesar de esto, aquel jefe no pudo prescindir de contestar fingiendo enojo, y aparentando que no queria entrar en discusion con un rebelde.

La aproximacion de tantas fuerzas al cuartel general de Chilpantzingo, y los continuos reveses que su-

4 Véase en el *Apéndice* Núm. 17.

5 Véase en el *Apéndice* Núm. 18.

6 Véase en el *Apéndice*, bajo el Núm. 19.

frian las tropas desde principios del año, hicieron que el general Santa-Anna saliera otra vez para el Sur en el mes de Febrero; pero en esta ocasion no pasó de Iguala. Allí dictó sus órdenes para que se reforzara bien el destacamento de Mescala, atacado continuamente por las fuerzas de Don Jesus Villalva, que ya habia derrotado varias veces el destacamento, y habia hecho poco antes, que se le pasaran cien hombres de él con su comandante don Francisco Gonzalez Conchillos. Aquel punto y el de Iguala parecian por entonces los mas importantes al gobierno, seguramente porque eran la natural retirada que tenia el cuartel general en caso de perderse Chilpantzingo. Sucesivamente fueron llegando á Iguala los jefes de mayor confianza: Osollo, Cadena, Zires, Güitian, Don Angel Santa-Anna; y casi todos eran enviados á Mescala para reforzar aquel punto.

El 23 de Febrero se le decia á Güitian que tomara caballos para su regimiento en las haciendas, “de quien quiera que sean;” y quejándose el comandante de Iguala de que no estaban buenos los caballos de los Granaderos de la Guardia, se le contestó que si él hubiera cumplido las órdenes supremas “para tomar de las haciendas, ó donde hubiese, los caballos necesarios,” no habria que lamentar aquel inconveniente, concluyendo con prevenirle que “inmediata-



“mente proceda á remediar esta falta.” Al mismo tiempo se mandó que se concentraran en Iguala todas las fuerzas que se hallaban en Tasco y en Teloloapan.

Todas estas disposiciones del gobierno no bastaban para darle ninguna ventaja sobre sus enemigos. Tuvo sin embargo la fortuna de que en una pequeña escaramuza que ocurrió el 23 de Febrero en Petaquillas, cayera en sus manos el coronel Don Francisco Rosendo Moreno, que fué llevado á Chilpantzingo y sentenciado á muerte por un consejo de guerra el 8 de Marzo. El comandante general demoró cuanto pudo la ejecucion para dar lugar á que se despachara un ocurso de indulto: el gobierno le dió orden con fecha 3 de Abril para que le hiciera fusilar si no lo habia hecho, pues “no ha tenido facultad para demorarlo.” Moreno fué fusilado el 10.

El 6 de Marzo dió el gobierno unas instrucciones terribles al comandante principal de Iguala. Segun ellas, los facciosos debian ser “colgados en los árboles del camino. . . . arrasados los pueblos y rancherías. . . . quemadas todas sus semillas, consumido todo su ganado, y destruidos cuantos medios tengan de subsistencia.”<sup>7</sup>

<sup>7</sup> Son palabras copiadas á la letra de la comunicacion relativa; y adviértase lo mismo respecto de todas las citas que en esta obra se hacen.

Durante su permanencia en Iguala, no echaba en olvido el dictador las demas atenciones de su gobierno, que fuera de los movimientos militares, eran para su estraña política las relativas á la policia y al espionaje. Con fecha 3 de Marzo, en Iguala, el ministro de la guerra dió orden al comandante general del Distrito para que hiciera salir de la capital á Muñoz Ledo, Riva Palacio, Payno, Fúrlong, y á *todos los desafectos*, “tomando con actividad y secreto las medidas de policia necesarias para aprehender á Don Antonio Haro y Tamariz, que se halla oculto en esa capital instigando á los revoltosos, y pasándolo por las armas luego que se le aprehenda.”

Cuando el general Santa-Anna volvió en esta ocasion á la capital, no hubo las solemnidades ni los festejos que la vez primera, aunque todavía querian hacer lo mismo sus aduladores. Poca cosa era la prision del coronel Moreno, único suceso feliz que habia pasado, y cuyas consecuencias se reducian en suma para el gobierno, á la triste satisfaccion de cumplir una venganza. Per lo demas, el general Santa-Anna habia visto de cerca el estado de las cosas, y habia tenido ocasion de conocer, por preocupado que estuviera, que los negocios de la lucha iban mal. Entró pues en silencio y de noche, sustrayéndose al estrépito de los repiques y de los cañonazos, que deben ser mo-



lestos para quien sabe que son inmerecidos é inoportunos.

El general Alvarez se habia retirado de Chilpantzingo, impulsado por unos sentimientos que la religion y la humanidad aplaudirán siempre. Los principales vecinos y familias de aquella poblacion le habian suplicado que los libertara de los estragos de un sitio, ofreciéndole todo su amor, todo su respeto y toda su gratitud para cuando el curso natural de los acontecimientos le diera una victoria sin sangre. El accedió á esta demanda, no obstante que la condescendencia era un sacrificio de su amor propio de general; pero seguro como estaba del próximo feliz desenlace de la empresa, quiso hacer aquel bien á los habitantes de Chilpantzingo, aunque fuese por lo pronto á costa de su fama guerrera; y se retiró á combinar otro plan de campaña, que le diese el triunfo sin que se derramara la sangre de sus hermanos. Entonces se dirigió el general Moreno con una fuerte seccion á Costa Chica, en Ometepec, y se dispuso á limpiar aquella comarca de enemigos, amenazando á Ayutla y Cruz Grande, donde estaban las mayores fuerzas de Noriega, que habia vuelto á ser nombrado comandante principal de aquella demarcacion.

Bien conoció el gobierno que la retirada del Ejército libertador de las inmediaciones de Chilpantzingo, no

habia sido para él un triunfo, ni para la revolucion una derrota. Así es que con fecha 6 de Marzo dirigió un agrio estrañamiento al comandante general de Guerrero, porque no habia atacado á Alvarez cuando éste se acercó al cuartel general. Sobradas razones tenia aquel jefe para disculparse de los cargos que se le hacian; pero desde entonces cayó en desgracia; y los continuos reveses que sufría el gobierno sin que todo su celo los pudiera evitar, acabaron por desconceptuarlo en el ánimo del presidente y de los ministros, hasta que fué destituido á fines de Abril, y entregó el mando político y militar á Don Marcial Lazcano el 1.º de Mayo.

Lazcano llevó á su gobierno las mismas bárbaras instrucciones que se daban siempre á las autoridades. Encontró al departamento en mal estado, casi todo él en poder de la revolucion, el espíritu público decaído, y la opinion de los habitantes decididamente pronunciada contra el gobierno. Este le contestó que su antecesor tenia la culpa de todo aquello, *por su debilidad y tolerancia*; y el nuevo jefe, para no incurrir en las mismas faltas, y ateniéndose á las órdenes terminantes que se le habian dado, empezó por prender á algunos individuos de Chilpantzingo, distinguiéndose despues por una série de medidas atroces, que parecian las últimas boqueadas del gobierno dictatorial en el Sur.



Con fecha 20 de Mayo publicó el nuevo comandante general de Guerrero un bando, por el cual se sometía á los habitantes de Tixtla y otros pueblos del distrito del centro, á condiciones verdaderamente imposibles, si querian que se les permitiera sembrar sus campos; se obligaba á las familias á perseguir á sus deudos que estaban en la faccion, so pena de ser desterradas; y se dictaban otras providencias que parecen increíbles. Eran las que el gobierno recomendaba á los jefes militares. No todos se atrevieron á dictarlas: algunos arrostraron mas bien la saña de los tiranos, que los remordimientos de su conciencia y la execracion de la humanidad: por eso el gobierno los llamaba díscolos, débiles y hasta cobardes. Los que cumplian á la letra aquellas órdenes terribles, dejaron documentos que revelan bien el carácter de la política dictatorial.<sup>8</sup>

Siempre tuvo el gobierno ojeriza á la ciudad de Tixtla de Guerrero, porque la opinion de sus vecinos era favorable á la revolucion, y muchos de ellos habian ido á engrosar las filas libertadoras, huyendo de persecuciones; pero nunca se pudo creer que se llevaran las venganzas hasta el punto de envolver en ellas á las pobres familias; á las mujeres, los ancianos y los niños, que eran sin duda inocentes, por mas que sus deudos

<sup>8</sup> Véase el bando contra Tixtla en el *Apéndice* Núm. 20.

fuieran culpables. Sobre todo, despues de tantas devastaciones, despues que la guerra civil lo incendiaba y lo arrasaba todo por todas partes, pueblos, haciendas, ganados, era ya demasiado el prohibir que cultivaran la tierra los pobres campesinos y las mujeres que no andaban derramando sangre. Aquello no era ya una crueldad; era una demencia, comparable á la de Nerón que tuvo el capricho de ver cómo ardia Roma.

Poco despues, el 4 de Junio, el comandante general de Guerrero prohibió toda comunicacion entre Chilpancingo y Tixtla, declarando que seria considerado como conspirador y juzgado como tal, todo individuo que sin permiso de la comandancia, mantuviera por escrito relaciones con aquella ciudad, ó fuera ó tornara de ella, y cesando en sus funciones todas sus autoridades y empleados. Esto habria conducido al estremo de la desesperacion á los vecinos de Tixtla, si no los hubiera fortalecido la esperanza de que iba á desaparecer muy pronto el poder que tan duramente pesaba sobre ellos.

Al paso que el gobierno de Santa-Anna daba estas órdenes terribles á sus subordinados, el general Alvarez se afanaba porque los suyos no se entregaran por desquite á los mismos excesos, haciéndoles entender que serian castigados con toda severidad los que



cometieran cualquiera falta contra los pueblos, las haciendas y los individuos. Esta conducta, tan digna de respeto y aun de admiracion, tratándose de gente alzada contra un gobierno que tanto la deprimia y tanto la autorizaba para cometer desmanes, dió lugar á una de tantas especies falsas que el mismo gobierno hizo correr con la mira de introducir la discordia entre los caudillos revolucionarios. Hizo correr la voz de que el general Don Juan Alvarez estaba decidido á perseguir con gruesas fuerzas á las partidas de pronunciados que obraban desde el Mescala hasta el distrito de Cuernavaca; y para desmentir tan absurdo rumor, dirigió el caudillo del Sur á las tropas una proclama en la cual repetia su resolucion de no consentir que se cometieran robos y depredaciones invocando la causa del pueblo, y añadia que estaba igualmente decidido á proteger con todas sus fuerzas á los que por cualquiera rumbo hicieran la guerra á la tiranía.<sup>9</sup>

En los departamentos de México y Michoacan prosperó la revolucion desde principios de 1855 á la par con los progresos que tuvo en Guerrero. Los faustos acontecimientos de Nuzco, Ajuchitlan y Huetamo, habian dejado en paz, y libre de tropas enemigas, á una vasta estension de territorio llena de poblaciones

<sup>9</sup> Véase esta proclama en el *Apéndice* Núm. 21.





D. PLUTARCO GONZALES,  
Gobernador del Estado de México.

importantes en los confines de los citados departamentos. En el primero de ellos la causa de la libertad habia hecho una importante adquisicion con el esforzado adalid Don Plutarco Gonzalez, que desde principios del año figuraba al frente de las fuerzas pronunciadas en aquel departamento. Más tarde aquellas guerrillas pusieron sitio á Zacualpan, que no pudo librarse de caer en su poder, sin que fueran en auxilio de la guarnicion gruesas fuerzas salidas de Iguala y de Toluca, cuando ya el gobierno habia dado órden para que aquella plaza fuera desocupada. Muy pronto hizo Gonzalez que se pronunciaran los principales pueblos del departamento, entre los cuales fué de suma importancia la toma de Sultepec, que dió por resultado la adhesion de todo aquel distrito. El bizarro caudillo dió mucho que hacer con su actividad y valor, á las tropas del gobierno que frecuentemente fueron por él derrotadas, y logró establecer tan rápidas comunicaciones con los demas departamentos sublevados, que pudo obrar muchas veces en combinacion con los de Guerrero y Michoacan, estendiendo sin cesar la área de sus operaciones hasta poner en grande aprieto á Toluca.

Los acontecimientos que tuvieron lugar en Sultepec á principios de Abril, dieron ocasion á una de las muchas injusticias que solia cometer el gobierno dictatorial con los infelices pueblos. Cuarenta vecinos de aquel



distrito fueron presos y conducidos el 5 de Abril á la capital, por suponerlos culpables de las demostraciones que se habian hecho allí contra la tiranía. Sin mas averiguacion, y sin tener en cuenta las amarguras de sus familias desoladas, aquellos honrados y pacíficos ciudadanos, casi todos labradores, fueron encerrados en Santiago Tlaltelolco, donde permanecieron hasta fines de Julio. El gobierno supo entonces de una manera evidente, que aquellos presos no habian hecho nada malo, y mandó ponerlos en libertad con la misma indiferencia con que los habia arrancado de sus hogares. Nadie pensó en indemnizarlos de los perjuicios que habian sufrido, y ellos tomaron silenciosamente el camino de sus aldeas.

Los pronunciados de Michoacan tenian tambien un hombre nuevo que presentar á la República en abono de su causa. Se hallaba entre ellos el ilustrado patriota Don Santos Degollado, que habia tenido la gloria de ser uno de los primeros perseguidos por la administracion dictatorial, y cuya persecucion no habia cesado hasta el momento en que se libertó de ella, uniéndose á las fuerzas pronunciadas. Degollado purificó con su solo nombre á la revolucion de Michoacan de las manchas que sobre ella habian arrojado las calumnias del gobierno y de sus aduladores. Menos conocidos que él los valerosos caudillos que hasta entonces

habian figurado en ella, no habian podido cautivar á su favor una parte de las voluntades, por mas que era grande y deslumbrador el prestigio de sus hechos de armas: no habian podido separar de su empresa noble y generosa, el horror que inspiraban los estragos de la lucha, no obstante que debia partir con ellos la mala voluntad de la opinion, el gobierno mismo que los atacaba, y que no era ni mas humano ni mas moral que ellos en la lucha. Desde que apareció Degollado, la opinion se rectificó en gran manera; su nombre y sus antecedentes eran una garantía; y hasta los enemigos de la revolucion dijeron francamente, que no podia ser inmoral y vandálica, como se decia, una empresa en que tomaba parte aquel ciudadano. El nombre de Degollado fué para la revolucion de Michoacan lo que habia sido el de Comonfort para la del Sur: un testimonio vivo de su justicia, de su moralidad y de sus miras elevadas.

Contaba tambien la revolucion con otro jefe distinguido, cuya experiencia y conocimientos en el arte de la guerra eran una garantía de acierto para las operaciones militares: era el coronel Don Luis Ghilardi. Este jefe habia venido á México, acompañado de una brillante reputacion adquirida en Bélgica, en España, y en Cerdeña su pais natal, donde habia peleado por la libertad italiana en las filas del famoso rey Carlos Al-



berto. El gobierno dictatorial le habia ofrecido reconocerle su grado, invitándole á tomar parte en el ejército, pero él habia desechado aquellas ofertas; y habiendo hecho proposiciones muy formales para someter á los bárbaros y colonizar la frontera del Norte, habia sido víctima de la insustancialidad é inconsecuencia que solia ser el carácter del gobierno de Santa-Anna en muchos casos. Sin despachar ni rechazar su solicitud, le entretuvieron largo tiempo; llegaron á decirle que sí, y se lo negaron: y desazonado con aquella informalidad, espuesto á una persecucion por la franqueza con que hablaba de ella, y conociendo cuán peligroso era estar al alcance del ministro de la guerra, que le miraba de reojo, fuese á las filas revolucionarias á defender la libertad como siempre lo habia hecho. El general Ghilardi prestó á la revolucion servicios de la mayor importancia.

En el mes de Enero se revolvieron tan gallardamente por Michoacan las intrépidas guerrillas de Huerta, Pueblita, Tejeda y otros caudillos, que pusieron en mucho cuidado á aquella comandancia y al gobierno. Sus ataques continuados á las partidas enviadas en su persecucion, y sus frecuentes triunfos, arrancaron mas de una vez á las autoridades y jefes del gobierno, confesiones que no se habian hecho nunca sobre el verdadero estado de las cosas. Tales fueron las que el prefecto

de Zamora, arrastrado por la fuerza de la verdad, estampó por aquellos dias en una comunicacion dirigida al comandante general del departamento, y que este transmitió al ministerio de la guerra. Decia el prefecto de Zamora, que la revolucion avanzaba como nunca, que contaba con fuerzas considerables, que manos esperatas la estaban sin duda dirijiendo, y que esto se conocia hasta en la buena redaccion de sus papeles. Contestó el ministro de la guerra, que S. A. habia visto aquellas frases con *profunda indignacion*, que ellas revelaban por lo menos alguna vacilacion en el que las habia escrito, que se abstuviera el prefecto de volver á incurrir en semejantes faltas, y que se le hiciera saber que solo existian en su imaginacion aquellas buenas circunstancias que él creia encontrar en un levantamiento de bandidos y facinerosos.

Esta ocurrencia y otras parecidas, indicaron al gobierno que era menester enviar á Michoacan jefes que hicieran la guerra segun sus miras, y que restablecieran por medio de grandes escarmientos, el espíritu público que estaba en decadencia. Mandó, pues, al coronel Don José López de Santa-Anna, con instrucciones para fusilar á todos los que hubieran dado auxilio á los rebeldes, *aunque los encontrara en sus casas*, para que hiciera lo mismo con los que hubieran *presenciado* los excesos de los facciosos, para incendiar



los pueblos que les dieran acogida, y para tomar de las haciendas los caballos que necesitara su tropa.

¡El coronel Santa-Anna cumplió bien estas órdenes! ¡El gobierno no se pudo quejar de su enviado! Su tránsito por Michoacan fué como el de un sangriento meteoro. Viejos, mujeres y niños, que á su parecer eran *rebeldes*, fueron inhumanamente sacrificados por él y por los sicarios que le acompañaban.

Andan en boca de todos las atrocidades que cometió este jefe en Michoacan. Nosotros tememos que las haya exajerado mucho el espíritu de partido; pero no se necesita ser partidario de nada, mas que de la humanidad y de la civilizacion, para horrorizarse de algunos hechos demasiado auténticos, con que el coronel Santa-Anna llenó de terror los pueblos por donde iba pasando, cumpliendo siempre, y escediéndose quizá de las instrucciones que el gobierno le habia dado. Nada se ganaria con consignar tales horrores en la historia de aquella guerra civil, demasiado llena ya de escenas desgarradoras.

Escusado es decir que con ellas no aventajaba un ápice la causa del gobierno, ni tampoco con prodigar denuestos é injurias á sus enemigos. Con fecha 18 de Abril espidió una circular á todas las autoridades, di-

ciéndoles únicamente, que *no se llamaban pronunciados* los que hacian la guerra al gobierno, sino *bandidos*. ¡Puerilidad increíble, que bien podia escitar desprecio y compasion por quien la tuvo, en medio de las atrocidades de aquella lucha sangrienta!

El coronel Pueblita, que se movia rápidamente en todas direcciones, entra en Acámbaro el 10 de Marzo, y encuentra allí dos piezas de artillería con buena porcion de municiones y armamento; y un mes despues entra en Taretan despues de un ligero combate con las tropas del gobierno que se retiraron á Pátzcuaro. En esta accion de Taretan fué gravemente herido Don Cipriano de las Cagigas, jóven tan ilustrado como valiente, que estaba en las filas de la revolucion desde el mes de Febrero. No pudiendo su carácter independiente sufrir ninguna especie de tiranía, se atrevió á censurar los actos del gobierno dictatorial, y á favorecer á algunas personas de las que eran perseguidas entonces. Perseguido á su vez por esta causa, tomó la resolucion de irse con los pronunciados de Michoacan, donde prestó á la revolucion buenos servicios, habiendo merecido por ello, y por sus recomendables prendas, que le distinguieran con particular afecto Degollado y los demas caudillos, y despues el general Comonfort. Cagigas no quiso tener mando ninguno, ni aspiró á formarse una posieion en aquella



lucha; mas no por esto dejó de hacerse buen lugar entre sus compañeros, por su actividad, por su buen consejo, por su arrojo, y sobre todo, por el notable desinterés con que sufrió los peligros y las penalidades de aquella guerra.

El 20 de Abril tomó Degollado á Puruándiro, plaza que tenia bien fortificada el gobierno, y que entrada á viva fuerza por las guerrillas de Huerta, Cuesta y Pueblita, despues de treinta y seis horas de resistencia desesperada, sufrió todos los horrores consiguientes á semejante lucha. Los pronunciados quisieron vengarse de los agravios que algunos vecinos de aquella poblacion les habian hecho; la plebe se entregó á espantosos desórdenes; y los jefes de la fuerza vencedora no pudieron evitar el horrible estrago que sufrieron las vidas y propiedades de los vencidos. Toda la guarnicion quedó en poder del vencedor.

El 22 se pronunció en Zamora Don Miguel Negrete con toda la guarnicion de aquella ciudad, la cual fué inmediatamente ocupada por el grueso de las fuerzas libertadoras. Degollado tomó algunos dias despues la Piedad, y casi todos los pueblos de aquel distrito se adhirieron espontáneamente á la revolucion.

Las escenas desoladoras de Puruándiro no fueron quizás sino represalias de lo que habia pasado en

Zitácuaro veinte dias antes. El 1º de Abril habian entrado en aquella villa las tropas del gobierno sin encontrar resistencia, porque no habia en la poblacion ninguna fuerza armada, habiéndose retirado de allí Don Joaquin Urquiza con la muy escasa que tenia á sus órdenes. A pesar de esto, la villa fué entrada á saco é incendiada por muchos puntos, sus habitantes muertos á lanzadas sin distincion de edad ni sexo, y algunos de ellos fueron arrastrados por las calles á la cola de los caballos. Estos hechos irritaron de tal manera los ánimos en los pueblos de aquellos contornos, que pocos dias despues se levantaron cuatro mil indios, y se presentaron al comandante Urquiza, pidiéndole armas para vengarse de aquellas atrocidades. Urquiza, hombre tan honrado como valeroso, y muy querido en aquella comarca por su noble franqueza, marchó con ellos sobre Zitácuaro; y despues de un sitio de cuatro dias, en que gastó todas las municiones con que contaba, tuvo que retirarse á la Mesa de la Palma, dejando libre el paso á las tropas enemigas.

De este modo, en el mes de Abril de 1855, apenas le quedaban al gobierno en Michoacan mas poblaciones de importancia que Morelia y Pátzcuaro; lo cual le obligó á tomar tan eficaces medidas, que habrian puesto en conflicto á la revolucion en aquel departamento, á no haberle llegado oportunamente un auxilio poderoso.